AUREGLIO GONZÁLEZ, FOTÓGRAFO DE LAS CAUSAS POPULARES

Los archivos de la memoria

Por Carlos Wlasiuk

Aunque él mismo se define como "militante con una cámara al cuello", a Aurelio González le tocó ser reportero gráfico de El Popular durante 18 años registrando con talento y sensibilidad episodios cruciales en la sociedad uruguaya y preanunciando la tiranía que se venía. Las marchas cañeras, la huelga general, la represión y los mártires. El archivo que logró rescatar del olvido y la censura arroja luz sobre varias generaciones. Historias de celuloide para componer la historia aún por rescribir.

Esta es una historia de hoy, que culmina hace apenas un par de meses pero que comenzara hace exactamente treinta años. Ya destruido el aparato guerrillero, la dictadura instalada en el país se ensaña contra las organizaciones populares y contra la prensa opositora. El Popular, diario del Partido Comunista, será uno de sus objetivos. Ya el 9 de julio de 1973 había sufrido el asalto del Ejército y detenidos y golpeados sus trabajadores luego de una gigantesca manifestación por la principal avenida. El jefe de los fotógrafos (aunque a él no le gusta que lo llamen así) Aurelio González, decide salvar aquel enorme archivo fotográfico que reflejaban más de 18 años de la historia del movimiento popular. Estudia el lugar donde funciona el diario, dentro del Edificio Lapido, en 18 y Río Branco, y arrastrándose por huecos y ductos, a partir de un viejo ascensor en desuso, deja en un recodo una vieja valija de cartón con las latas y los sobres conteniendo más de 45.000 fotos. Allí estarían a salvo, allí esperarían el tiempo que fuera necesario. Ya llegaría ese día y con ese convencimiento, Aurelio desanda el camino. Partirá al exilio, y cuando regresa, su desazón no tiene límites: el lugar del escondite ya no existía. Una reforma en el edificio había transformado totalmente el lugar. Los archivos habían desaparecido. A partir de allí, "el Gallego" como le decían sus camaradas, contará su historia mil veces, gritando en la oscuridad, hablándole al mar, pregonando en el desierto. Porque estaba convencido que habría un oído alguna vez que alimentara recuerdos y alguien traería un dato, una certeza. Pasaron años y el destino o como cada uno quiera llamarle marcó con su dedo implacable que diera un vuelco sorprendente esta historia, para hacer aparecer aquellos archivos al mismo tiempo que los restos de Ubagesner Cháves Sosa.

Aurelio nos cuenta la trama y en el transcurso de la nota, él o yo —a veces los tres, porque Fernando Ponzetto nuestro fotógrafo seguía en silencio de discípulo la entrevista— nos emocionamos casi hasta borrar las palabras. Sobrevolaban hechos, nombres, caras, que fueron parte de cada uno de nosotros y a la vez de todos. No es fácil ponerse otra vez al hombro tantos años intensamente vividos, no es fácil volver a ver tantos rostros queridos que ya no están, no es fácil volver a aquellos sueños de juventud sin sentir de nuevo el fuego sagrado de la rebeldía acompasando nuestras banderas.

UN MARROQUÍ TRASHUMANTE

—Yo llegué de polizón a este país, y dormía en la calle los primeros días, no tenía donde ir, no conocía a nadie tampoco. Yo venía de las Islas Canarias, donde me subí al Andrea C, como polizón. Cuando tenía 18 años, había pasado clandestinamente la frontera del "Marruecos español", al "Marruecos francés". Llegué a Casablanca, donde me detuvieron por indocumentado y donde pasé tres meses en prisión. Luego me devolvieron al "Marruecos español", y ahí tuve que hacer el servicio militar, decidí emigrar pero me quedaba todavía aquello de que me habían agarrado sin documentos, no quería cometer el mismo error, entonces empecé a observar cómo era la vida aquí. Hasta que un día encuentro un mural, un afiche pegado en un muro, donde ponía: "Reunión antifranquista -18 de Julio 1321". Ya había pasado la fecha pero ya supe dónde se reunían los antifranquistas. Llegué un domingo a las dos de la tarde y me recibió la casera. Cuando me vio llegar, con mi pantalón y mi camisa sucias, barbudo, me di cuenta que me miraban con cierto temor. Pero al hablar notaron que era español, y me preguntan qué te pasa, porque el español en general no llega a ese estado, no llega a bichicome. Les llamó la atención eso, ver un chico joven, así. Entonces les conté que había llegado hacía unos días a Montevideo, y de qué manera. Me piden que me quede allí que a las siete de la tarde llegaban unos jóvenes que venían a bailar. Me dieron de comer y cuando llegaron aquellos muchachos, les volví a contar la historia y pregunté si alguien tenía un lugar en alguna pensión para poder quedarme. Me ayudaron y durante veinte días me dieron una cama, comida, y me relacioné de inmediato con Casa de España. Me sentía parte de ese conglomerado de comunistas españoles y gente de izquierda española. En ese ínterin llega otra persona también que tenía necesidad de ser ayudada. Entonces Celia, que era la casera, nos llamó y nos dice "aquí hay otro compañero que peleó en la guerra de España, ya tiene sus años, pasó los cuarenta ya, y se llama Lucio Navarro. Precisa ayuda porque sale del Saint Bois, estuvo internado con tuberculosis, no tiene casa y no tiene trabajo". Y yo con mis veintidós años, dije: "Yo me hago cargo de él". Y me lo llevé para mi casa. Tenía que reponerse, y a los tres meses ya estaba fuerte, había engordado, había perdido la palidez. Un buen día él desaparece, se va, y a los veinte días reaparece, y me dice: "te vengo a agradecer lo que tú hiciste por mí". "Agradecerme nada", le contesté. "Pero, mirá —me dijo Lucio—, yo soy fotógrafo y quiero enseñarte el oficio. Te puede servir en la vida". Yo le contesté que no, porque eso no era para mí. Insistió en que no me iba a costar ningún trabajo, lo único es que te vas a comprar alguna cámara cuando puedas. Yo lo tomé como algo lejano, porque yo trabajaba en ese entonces en una metalúrgica, Nervión, que fabricaba hierros para la construcción. Me accidenté y cuando me recuperé, no volvieron a tomarme. Empecé a hacer changas en la construcción, y en uno de esos trabajos, la señora de la casa tenía una cámara. Se la compré y entonces llamé a Navarro, se la mostré y me dijo, "es buena, te sirve", y comencé a sacar fotos.

—¿Cómo fue tu ingreso a trabajar como reportero gráfico en un medio de la izquierda? Eran condiciones muy difíciles, tanto como la situación que vivía nuestro país entonces. Era totalmente atípico ser el fotógrafo del diario del Partido Comunista...

—En verdad, tanto en Justicia como en El Popular yo siempre me sentí —y lo digo así con toda sinceridad— como un militante con una cámara de fotos colgada al cuello. Y ese ser militante, me hizo saltar esas barreras, porque nunca pensé que podía ser fotógrafo de prensa, esa es la verdad. Yo fui fotógrafo por casualidad.

Vinieron compañeros del Partido Comunista del Uruguay, y me dicen que precisaban una persona que sacara algunas fotos para el diario Justicia, como colaborador, y yo fui con mucho gusto a hacer esa tarea. Y empecé a conocer la realidad de la gente, de los pobres, del trabajador de este país. Me fui metiendo no en la fotografía, sino en los entretelones de la vida humilde y ahí me fui enamorando de la profesión. Porque esa profesión servía para darle voz a las cosas que no salían en los otros diarios. Ese fue el inicio de años sacando fotos hasta el día que la dictadura clausura el diario definitivamente. Esa es mi historia como fotógrafo.

—Ese trabajo, después de décadas toma otra dimensión, inimaginable para el fotógrafo y para todos...

—Sí, sobre todo para mí, que soy el autor...

—Me parece que es porque empiezan a mostrarse imágenes de una realidad que ya pasó y que vuelven a traer esa historia tan necesaria de conocerse por las nuevas generaciones.

—Hay que tener en cuenta los años en los cuales fueron sacadas esas fotos. Es cuando el Uruguay entraba a cambiar, cuando las fuerzas populares de izquierda, luchaban para tener presencia. Los sindicatos arreglaban sus salarios como podían y hasta ahí nomás.

Entretanto había que crear la conciencia de crear una Central Única de Trabajadores.

Yo tenía ahí en ese archivo encontrado, camiones con los obreros de la construcción con un gran letrero que decía "Vamos al primer Congreso de la Convención Nacional de Trabajadores". Todo el movimiento que hubo en ese período. Los universitarios luchando por la autonomía y el presupuesto, con aquella consigna histórica de "Obreros y Estudiantes unidos y adelante", y todo eso estaba en esos dieciocho años de historia registrada por la cámara. Cuando se creó la Central, cuando se creó el Frente de Izquierda, la Unión Popular, las marchas de los cañeros desde Bella Unión, la creación del Frente Amplio, las marchas de los obreros portuarios del litoral, nosotros como integrantes de un diario de la clase obrera, y aunque fuera un diario comunista, mucha gente reconocía nuestra presencia y solidaridad con el trabajador que estaba en lucha. Y como se luchaba por organizarse para lograr esa unidad que nos daría fuerza a todos, la gente empezó a vernos, a respetarnos y a querernos.

Si había que sacar cualquier foto, o había que caminar, lo hacíamos. La primera marcha de los trabajadores del interior fue la de los peones del campo de Isla Mala. Yo vine con ellos caminando, y la primer noche descansaron y se acostaron en la banquina de la carretera. Yo me acosté también pero un poco más alejado. En la madrugada cuando se

levantaron, me vieron y alguien dijo: “vino un fotógrafo”; y otro compañero le dijo: “no, no vino, él se quedó, y viene también caminando con nosotros”. Lo hacíamos, ¿y por qué lo hacíamos? Porque era una alegría el hacerlo, andar, el saber lo que era caminar y ampollarse. Si había conflicto en la construcción, nos convertíamos en obreros dela construcción, si eran los textiles, textiles y si eran los metalúrgicos, éramos metalúrgicos.

Cuando nos veían a alguno de nosotros, sobre todos a alguno de los fotógrafos porque íbamos a todas partes, porque muchas veces una entrevista se puede hacer por teléfono, mientras que el fotógrafo tiene que ir de cualquier manera. Estábamos en todas las movilizaciones, como la del Frigorífico Nacional, o del Swift, o del Castro, o del Armour, o en Sadil, o en Ildu, en Nervión, o en las papeleras o en donde fuere. Entonces cada manifestación nos encontraba registrando los hechos.

Los tiempos se hicieron difíciles, el pachecato no fue broma en este país, fue muy duro, con muertos en las calles, con gente presa, herida, y sacada de sus trabajos y gente que fue llevada a la Isla de Flores.

—Y el reportero gráfico tenía que estar allí para documentar todo eso...

—Sí, teníamos que registrar todo eso pero yo nunca pensé que estaba registrando historia ninguna, yo sacaba las fotos para que el diario las publicara al día siguiente. Cuando se crea el Frente Amplio, en las giras al interior acompañando a (Líber) Seregni, cuando llegamos a Lascano nos encontramos con un ambiente tremendo. Todas las puertas y ventanas estaban con crespones negros y al busto de Artigas que está en la escuela le habían puesto una venda negra que Ruben Sassano se la arrancó. Nos apedrearon, nos destrozaron el ómnibus, hubieron heridos a pedradas y nos podían haber lapidado. Tuvimos que salir como pudimos rumbo a Castillos donde la derecha mata a un jovencito de un balazo, y nos pararon, culpándonos, revisando el coche en busca de armas. Intentaron asesinar a Seregni, y así se fue escribiendo esta historia, donde se inscribe la historia de las mujeres que salen a manifestar antes de la dictadura diciendo “las madres y las mujeres no queremos más Medidas de Seguridad”.

Está la historia del golpe de estado, la historia de cuando matan a Ramón Peré, todas las historias que conforman la historia que han querido que permanezca oculta.

Este país era un país donde estábamos armados acá (se toca la cabeza). Ésta era indestructible porque yo podía tener un arma, una navaja, y me la podían quitar y meterme en un calabozo, pero esto no (vuelve a tocarse la cabeza). Era imposible destruir nuestras ideas, y por eso se toparon con un pueblo al cual no pudieron vencer. Porque cuando ellos se instauraron a prepo, matando, aterrorizando, viviendo en aquel clima de cuando se oía una frenada en la noche y se sabía a quien iban a llevarse, si al marido, o al hijo, o a ella. Eso fue lo que quisieron crear, el terror en la gente. (fragmento)